

## Capítulo XI

### *El puesto*

Todos los hombres, por naturaleza, quieren interpretarse a sí mismos. Los intentos en este sentido ocurren inevitablemente a nivel individual y a nivel colectivo. El segundo nivel es cuantitativamente más importante que el primero y, generalmente, lo determina. Las sociedades formulan su auto-interpretación por medio de sus miembros más esclarecidos: en ello alcanza la oscura Weltanschauung colectiva una expresión mítica o conceptual que regresa a su fuente con el prestigio mágico del verbo y es capaz de dirigir y canalizar la acción social.

¿Qué interpretaciones ha dado de sí misma Latinoamérica? Toda interpretación presupone una actitud reflexiva, una intentio obliqua, aun cuando tal doblamiento no se manifieste sino en el ejercicio de la función mitopoyética. Para responder a la pregunta es necesario distinguir grados de conciencia logoica.

En las grandes masas la autoconciencia es oscura, contradictoria, cambiante, con arranques de ciega rebeldía y período de resignada pasividad. Tal maremágnum adopta transitoriamente la forma que le presenten ideologías políticas o doctrinas religiosas, pero aun en estos casos se trata de monstruosos sincretismos que no logran ocultar totalmente el caso subyacente.

Los miembros esclarecidos de las sociedades latinoamericanas no han logrado interpretarlas adecuadamente ni en el campo del arte ni en el campo del pensamiento. Veamos algunos de los intentos.

Las tendencias de los gobiernos, tal como se manifiesta en el esfuerzo educativo, conducen a los mitos de la escuela primaria sobre héroes y libertadores y patrias que se transforman para el adulto en la fría y tediosa insignificación de las estatuas y los discursos oficiales.

Los partidos políticos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, sin excepción, en su aspecto ideológico, han demostrado la más flébil impotencia reflexiva para una hermenéutica de Latinoamérica. Sus ideólogos más brillantes no han podido pasar de una adaptación grosera de doctrinas internacionales de origen europeo al mundo latinoamericano. En nada han contribuido a esclarecimiento alguno y deben considerarse como parte de la realidad a interpretar, no como fuente de interpretación.

Algunos pensadores de gran corazón y limitada inteligencia han buscado la clave en el indio real ni en el indio inventado pueden darnos clave alguna, porque no somos indios, sino mestizos.

Otros han buscado el punto de referencia hermenéutico en el mestizo, pero sus interpretaciones no son sino la aplicación abierta o velada de teorías racistas europeas, tan enfermas de prejuicio axiológico que resultan más bien entorpecedoras para una comprensión auténtica de lo latinoamericano.

De visión más amplia, planetaria, y fiel, pero superficial, otros han visto en América, sin distinguir la latina de la sajona, un episodio más de la conquista del mundo por la cultura indoeuropea: "Hace unos cuarenta siglos que un conjunto de pueblos, portadores de la lengua y de la cultura indoeuropeas, penetraron en Europa. Por todos los procedimientos, desde la conquista pacífica hasta el exterminio, se superpusieron a los pueblos primitivos del continente, creando lo que llamamos hoy civilización occidental. La historia moderna de

América no es más que una fase de ese mismo proceso. En cuatro siglos de expansión indoeuropea, el continente americano se ha incorporado al mundo occidental. Aun los grandes núcleos de la América india (Méjico, Perú) o de la América negra (Haití) viven, en su vida histórica, dentro de los moldes culturales, políticos y económicos de Europa<sup>345</sup>.

Esto es cierto. Los patrones, esquemas y estructuras culturales de occidente se han impuesto en América; pero no es menos cierto, en lo que respecta a América Latina, que no han calado profundamente sobre el material humano mestizo ni son expresión adecuada de su idiosincrasia; le quedan flojos aquí, apretados allá, torcidos acullá, y en su conjunto son insuficientes por un lado, sobran por el otro y no encajan nunca bien, porque su sentido general no concuerda con el sentido de la vida, no formulado aún, del mestizo latinoamericano.

Además, eso de englobar la América Latina con la sajona, justificable desde cierto punto de vista y en ciertos aspectos, no resulta verdadero ni útil al profundizar la problemática. Se dice que no hay razas puras, que todos los pueblos son mestizos. Aceptado. Pero esa comprobación no debe cegarnos para estimar las diferencias cuantitativas y cualitativas. Mientras la América sajona se ha formado a partir de grupos étnicos muy parecidos y de vecina cultura, con exclusión o segregación de pueblos no afines cultural y étnicamente, la América Latina ha fusionado por mestizaje los grupos humanos más disímiles desde todo punto de vista.

Tan heterogéneo abolorio étnico-cultural, en el cual se han dislocado las estructuras psíquicas de todos los factores integrantes, ha dado lugar a un nuevo psiquismo que no concuerda con las formas culturales superpuestas y está con ellas en la relación antitética que hemos tratado de observar en el aspecto lingüístico: la tensión lengua-habla.

Por tanto, no parece correcto decir que todo el proceso político y cultural de Latinoamérica “consiste hoy en llenar en años el abismo de siglos para penetrar, con su propia síntesis, dentro del ámbito de la cultura occidental”<sup>346</sup>. Que debe llenar en años el abismo de siglos para adaptarse a la cultura occidental que tiende a penetrarla cada día más íntima y minuciosamente, es evidente. Que la total adaptación se produzca es altamente improbable, pues la actitud del mestizo ante occidente sigue siendo muy parecida a la de aquella india, hija de Huaina Cápac, que, forzada por las circunstancias y las presiones familiares, consistió en casarse con un ciracamayo, pero respondió en su idioma a la pregunta crucial del sacerdote: “Ichacg munami, ichach mana munani”<sup>347</sup>. En cambio, afirmar que Latinoamérica debe penetrar o penetrará “con su propia síntesis, dentro del ámbito de la cultura occidental” es poco menos que absurdo: ¿Cómo puede ser una síntesis menor que uno de sus ingredientes para caber en él? Si Latinoamérica ha de hacer alguna síntesis, ésta debe incluir lo occidental en una unidad superior y no viceversa.

Conviene liberarse de la apremiante perspectiva inmediata occidente-nosotros y mirar alrededor para tratar de lograr una visión panorámica.

El mundo actual está formado por la cultura occidental, altas culturas antiguas en fase decadente, culturas llamadas primitivas y Latinoamérica.

---

<sup>345</sup> Rosenblat, La población indígena y..., I, 124.

<sup>346</sup> Rosenblat, La lengua y la cultura..., p. 27.

<sup>347</sup> Gracilazo de la Vega (En Inca). Comentarios Reales, 2ª parte, libro VI, cap. III, apud Rosenblat, La Población indígena..., II, 23-24.

La cultura occidental, centralizada en los países del occidente de Europa y extendida en dos grandes alas opuestas, la una oriental representada por Rusia y la otra occidental representada por los Estados Unidos de América, se encuentra, debido a su gran progreso científico-técnico y a la estructura de su economía, en una fase expansiva y dominante cuyas irradiaciones han penetrado todas las demás áreas culturales. Al imponerse, trata de comprender, incluir y asimilar los elementos culturales extraños en la medida en que no ponen en peligro sus estructuras fundamentales, o de neutralizarlos, excluirlos y destruirlos en la medida en que puedan serle esencialmente antagónicos.

Las altas culturas antiguas no occidentales que aún sobreviven, aureoladas por la majestad y la belleza de refinadas y acendradas tradiciones, se ven compelidas, ante el avance de la organización y la tecnología occidentales, a tomar grandes decisiones que ponen a prueba de fuego su milenaria sabiduría, ¿podrían absorber y aplicar el poder organizativo y tecnológico de occidente, sin destruir el espíritu que ha orientado hasta ahora su devenir histórico e inspirado sus creaciones culturales? Se saben, en muchos respectos, más profundas y sabias que Europa, pero comprenden que no pueden detener el surgimiento de nuevos valores relacionados con la vida práctica de las sociedades y la incontenible aspiración a beneficios materiales iguales para todos. ¿Cómo incorporar esos nuevos valores en su sistema axiológico sin quebrantarlo irremediabilmente? ¿Construir un sistema nuevo en el cual se conserve lo que debe ser conservado de la gran tradición milenaria? Pero, ¿puede acaso la estructura axiológica unitaria de una cultura construirse como si fuera un artefacto? ¿No necesita siglos de acendramiento? Y si se pudiera, ¿qué es lo que debe ser conservado? ¿Con qué criterios proceder a esa selección? El lapso de tiempo asombrosamente corto. ¿Hasta dónde puede decirse que ha triunfado? China lo intenta, apoyada en la ideología europea del ala oriental. La India pretende asimilar lo que necesita de occidente para vivificar su gran cuerpo lacerado y luminoso, sin perder su alma tan experimentada en quebrandos, ni su espíritu que tantas quintaesencias maravillosas ha fabricado. Acaso lo logre.

Las culturas llamadas primitivas han expresado su idiosincrasia en lenguas, organización social, cultos y creaciones artísticas perfectamente coherentes, con líneas propias de desarrollo; pero los grandes imperios de occidente las han ido penetrando y desarticulando de tal manera que las nuevas nacionalidades, surgidas después de la segunda guerra mundial al calor de los ideales de las Naciones Unidas, no aspiran sino a occidentalizarse a la mayor brevedad posible, sea bajo la égida de Europa o bajo la de los Estados Unidos de América o bajo la de Rusia y China. Infestadas por agentes imperialistas, jabones, corbatas y doctrinas políticoeconómicas, quieren deshacerse, como de un lastre vergonzoso, de todas sus formas peculiares de vida y sueñan con ingresar, investidas de todos los derechos correspondientes, a la comunidad de países “civilizados”, por el lado norteamericano o por el lado sino-soviético. No se les puede culpar de esa degradación de lo propio; se trata de un imperativo histórico; necesitan sobrevivir y el resultado de la lucha ante el formidable reto que han tenido que aceptar dirá de su temple, pues no dejan de recordar sus tradiciones internas devienen pavorosas ante el apremio del momento y conmueve el dramatismo agonal de sus almas desorbitadas bajo las presiones encontradas de los más poderosos.

Los países latinoamericanos tienen en común con los países de altas culturas antiguas y con los de culturas llamadas primitivas el subdesarrollo económico con respecto a occidente y la necesidad de liberarse de la opresión imperialista. En este sentido, nos une a ellos la solidaridad combatiente de los que tienen problemas y aspiraciones similares.

Pero no debe confundirse –como lo hacen muchos– el problema político-económico con el problema cultural. El subdesarrollo de España, el sur de Italia y Grecia no pone en tela de juicio su pertenencia a la cultura occidental. La opresión que sufre el Tirol del sur por parte de Italia no lo hace menos europeo.

Mientras los países de altas culturas antiguas y los países de culturas llamadas primitivas tienen eso precisamente: culturas, que se ven enfrentadas a la cultura occidental y como resultado de ese enfrentamiento sufren cambios, se resquebrajan, se anulan o resisten de varia manera, los países de América Latina tienen lenguas e instituciones europeas de modo que un observador superficial pudiera considerarlos países atrasados de cultural occidental. Una observación más atenta muestra inmediatamente que por debajo de esas formas culturales y en ambigua oposición a ella, existen pueblos mestizos cuya idiosincrasia no ha encontrado todavía expresión cultural alguna, en el más pleno sentido de las palabras.

El puesto, por tanto, de Latinoamérica en el mundo es sui generis. La comprensión de esta singularidad es condición previa para el intento de autointerpretación.

Pero la palabra puesto implica también función, servicio, actividad. Preguntemos entonces: dada esta singularidad de Latinoamérica, ¿qué misión, qué tarea le corresponderá en la evolución de esta humanidad terrestre que la cultura occidental tiene le mérito de haber unificado en un sentido mediante el desarrollo de los sistemas modernos de información y comunicación?

Desde la oscura prehistoria hasta nuestros días han surgido y declinado sobre la tierra poderosos imperios, cada uno de los cuales ha tenido su interpretación del hombre, y cada una de esas interpretaciones se ha caracterizado por contener, en su estructura fundamental, prejuicios raciales o culturales. Cada gran pueblo, al alcanzar autoconciencia, se ha definido por oposición a los demás pueblos, y en su concepción de sí mismo y de su misión resuena, más o menos modificado, a través de diversas orquestaciones, el mismo grito desnudo y fiero de los caribes: una carina rote. Cuando se ha creído predestinado para salvar a otros pueblos, siempre ha querido salvarlos mediante la imposición de sus formas de vida y bajo su dominio. Aun hoy en día, en el alba de la humanidad una, se ofrecen, con técnica de culebrero de mercado andino, el american way of life, el materialismo dialéctico de la Rusia soviética, el socialcristianismo del Vaticano. Hace poco tuvimos un pangermanismo, en gran Dostoievsky tuvo sueños paneslávicos y muchos creen todavía en un panhinduismo o en salvadores chinos. No negamos la legitimidad de todas esas interpretaciones y corrientes en su momento y en su lugar de acuerdo con las variantes condiciones de los juegos de fuerza en el decurso histórico de los pueblos; pero creemos que en el futuro tendrá que haber una ideología de la humanidad que no sea extraña a ningún pueblo, y que, caso de contener prejuicios, sean los prejuicios de la especie humana que habita al tercer planeta de un sistema solar de la zona de Sirio.

Desde fines del cuaternario hasta nuestros días, lo que es hoy América Latina ha sido lugar de llegada, centro de convergencia y de fusión de razas y de pueblos<sup>348</sup>. Paul Rivet se pregunta: “¿No es digno de atención que el período histórico de la evolución americana no sea sino la repetición de los acontecimientos étnicos que condicionaron su poblamiento?”<sup>349</sup>. Y nosotros nos preguntamos, ¿no habrá algo de cierto, mutatis mutandis, en las siguientes palabras del gran visionario americano?: “Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte: el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pro que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro como una reserva de potencialidades que arrancan de los días remotos de la Lemuria; el indio, que vio perecer la Atlántida, pero guarda un quieto misterio en la consciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la Ley de la Historia”<sup>350</sup>.

La pregunta por el puesto de Latinoamérica en el mundo nos lleva a la pregunta mayor y más profunda por el puesto del hombre en el cosmos. Pero para reflexionar sobre su puesto en el cosmos, el hombre tiene primero que ser hombre y, hasta ahora, ha sido griego o bárbaro, judío o gentil, caribe o arahuaco, cristiano o pagano, bramán o paria, alemán o francés, yanki o vietcongo.

¿Se estará en Latinoamérica el tipo humano capaz de hablar por todos los hombres, la avanzada de la humanidad futura? ¿Esa labilidad proteica del mestizo no será el signo de su capacidad futura para comprender y expresar todo lo humano? ¿Le habrá sido negada la posibilidad de expresar su propia idiosincrasia a la manera de los pueblos que han creado sus culturas, porque le está reservado el destino de expresar la idiosincrasia de la tierra? ¿Habrá perdido su voz porque ha de emitir la voz de todos los pueblos? No tiene lengua propia, ¿acaso ha de inventar el idioma del planeta?

No tenemos respuestas seguras, pero no debemos permitir que se cierre el horizonte reflexivo abierto por la genial intuición de Vasconcelos. Preparamos un libro dedicado al estudio y discusión de la obra de ese gran pensador y de sus continuadores: Caso, Reyes, Ramos, Zea..., en México, el país de Latinoamérica que con mayor autenticidad, originalidad y perseverancia ha intentado su propia hermenéutica.

---

<sup>348</sup> Vide Paul Rivet, *Les origines de l’homme américain*, Edit. Gallimard, Paris, 1957, especialmente pp. 30-63 y 171-176.

<sup>349</sup> *Ibid.*, p. 173. Poblamiento como acción de poblar, para no confundirlo con población, conjunto de habitantes.

<sup>350</sup> José Vasconcelos, *La raza cósmica*, edit., Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 53.